INTRODUCCIÓN GENERAL

A diferencia de otros fundadores de religiones, Jesús no dejó a la posteridad nada escrito. Su mensaje fue exclusivamente oral y se dirigió a todos los que quisieron oírle, especialmente al círculo restringido de sus apóstoles y discípulos, quienes a su vez lo transmitieron por la predicación a las primeras comunidades cristianas.

Es a partir de la mitad del siglo I cuando este mensaje oral empieza a cristalizarse en la forma escrita que conocemos como evangelios. Dos de ellos —los de San Mateo y San Juan— fueron escritos por testigos directos de la predicación de Jesús; los otros dos —los de San Marcos y San Lucas— por testigos indirectos, que para ello recabaron la información de otros apóstoles. Cada uno de estos evangelios fue escrito, además, para comunidades distintas (cristianos de procedencia judía, gentil o helenística), sin que por lo general traspasaran —en punto a utilización y conocimiento— los límites de esas comunidades hasta mucho tiempo después: sólo a finales del siglo II tenemos constancia por el testimonio de Ireneo de Lyon *(Adv. haeres.* III 11,8) de la validez general de los cuatro evangelios.

No es extraño que, en un tiempo en que para los cristianos no existía otra «Escritura» de referencia que el Antiguo Testamento, el mensaje de Cristo —transmitido oralmente por apóstoles y discípulos— se manifestara de muy diversas formas en la tradición oral y escrita, proliferando esta última a medida que iban desapareciendo los primeros testigos. De ello deja constancia San Lucas en el prólogo a su evangelio: «Puesto que ya muchos han intentado escribir la historia de lo sucedido entre nosotros, según que nos ha sido transmitida por los que, desde el principio, fueron testigos oculares y ministros de la palabra...» (Lc 1,1-2).

De esta simbiosis entre tradición oral y escrita surgieron a finales del siglo I y sobre todo en el decurso del II —al margen o dependientes de los cuatro evangelios— numerosos escritos de mayor o menor extensión que recogían dichos y sentencias dispersas de Jesús *(logia* y *agrapha)* y que en algunos casos llegaron a adoptar la forma de «evangelios». Así tenemos el evangelio *de los Hebreos, de los Nazare-*

nos, de los Egipcios, etc. De esta literatura que hoy llamaríamos «extracanónica», pero no «apócrifa» en el sentido que esta palabra adquirió después, nos han quedado restos en papiros de gran antigüedad y numerosas referencias en autores del siglo III y IV. Así sabemos que tanto la comunidad judeo-cristiana de los *Nazarenos* en Berea como la de los *Hebreos* (¿en Egipto?) utilizaban un evangelio propio —que en el fondo era el texto *hebreo* de San Mateo, no la versión *griega,* considerada como canónica, que ha llegado hasta nosotros— en el que San Jerónimo encontraba en el siglo IV no pocas discrepancias con respecto al «textus receptus». Tales evangelios reflejaban a veces, como en el caso de los *Ebionitas,* tendencias especiales de acuerdo con la manera de vivir aislada de las correspondientes comunidades y se mantuvieron en vigor solamente mientras éstas existieron. Hubo otras, sin embargo —como las de Siria—, que desde el siglo II hasta el V no admitieron el texto separado de los cuatro evangelios, sino la adaptación *(Diatessaron)* que hizo Taciano en el siglo II, sirviéndose de éstos y de otras fuentes hoy difícilmente identificables.

Este estado de cosas cambió bruscamente al irrumpir con fuerza las corrientes gnósticas en el siglo II y las maniqueas en el III, a la vez que el Canon de los libros del Nuevo Testamento —apenas esbozado hasta entonces— iba adquiriendo consistencia y perfilándose como norma de fe. Es en estas circunstancias en las que se generaliza el concepto de «apócrifo», aplicado al principio en el sentido de *oculto, misterioso.* Así titulaban algunas veces los gnósticos sus propias producciones literarias (por ejemplo, el *Apócrifo de Juan),* y así consideraban ellos mismos el mensaje que con ellas transmitían: una revelación secreta, dirigida a un reducido número de elegidos, iniciados en la Gnosis. Sin embargo, para facilitar su penetración en el ambiente cristiano, se presentaba con frecuencia a estos «libros secretos» bajo la forma de *evangelios* y se les atribuía la autoría de un *apóstol.*

Un ejemplo típico de este proceder es el *Evangelio gnóstico de Tomás* (siglo II), descubierto a mediados del siglo XX en la biblioteca hallada en Nag Hammadi. El autor recoge en este escrito una gran cantidad de *logia* o dichos de Jesús, la mayor parte de los cuales se encuentran también, sin grandes discrepancias, en los evangelios sinópticos.

El autor no necesita en este caso introducir cambios sustanciales en el texto evangélico para difundir su mensaje, pues ya advierte desde el principio que se trata de palabras *secretas* pronunciadas por

Jesús y anotadas por Tomás, y que sólo el que encuentre el *verdadero sentido* de ellas se librará de la muerte. Esta ambivalencia hermenéutica será pronto sustituida por verdaderos tratados de alta Gnosis, que también se presentan como «evangelios» (por ejemplo, el *Evangelio de la Verdad*) y se amparan en la autoridad de un apóstol (por ejemplo, el *Evangelio de Felipe*).

La proliferación de esta clase de literatura «pseudoepígrafa» fue extraordinaria en lo que concierne a los evangelios, pero pronto se extendió también a otros géneros literarios relacionados con los apóstoles en el plano histórico, epistolar y apocalíptico.

Tampoco quedó reducida esta proliferación al sector heterodoxo, como el de los gnósticos o maniqueos. Con el intento de aclarar ciertos puntos oscuros en la tradición evangélica (por ejemplo, el que se refiere a la virginidad de María y a los «hermanos» de Jesús), y de satisfacer la curiosidad general por conocer más detalles acerca de la infancia de éste, surgió ya a fines del siglo II bajo el título de *Historia de Santiago* uno de los apócrifos que han ejercido mayor influencia en la posteridad, el llamado «Protoevangelio de Santiago». No sólo fue en su tiempo un verdadero *best-seller,* como lo acredita la cantidad inmensa de manuscritos en que ha llegado hasta nosotros (tanto en su original griego como en sus múltiples versiones antiguas), sino que dio origen a muchas otras narraciones apócrifas inspiradas en él. Igualmente «pseudoepígrafas» son muchas otras composiciones relacionadas con diversos temas (por ejemplo, el *Evangelio de Nicodemo* en el ciclo de la pasión y el *Libro de Juan evangelista* entre las narraciones relativas a la asunción de María), que han gozado en todo tiempo de una aceptación parecida a la del Protoevangelio.

La multiplicación de escritos pseudoepígrafos —tanto en el sector heterodoxo como en el ortodoxo— influyó notablemente en la formación del Canon del Nuevo Testamento, ya que con su presencia evidenciaban tales escritos la necesidad de fijar un «canon» de los libros que se consideraban como portadores auténticos de la revelación (evangelios, epístolas, hechos de los apóstoles, apocalipsis), y de excluir todos aquellos que usurpaban el nombre y la autoridad apostólica para difundir sus propias ideas. Este proceso fue largo y no exento de contradicciones, hasta que en el siglo IV quedó definitivamente fijado en 27 el número de libros que integran el Nuevo Testamento.

La exclusión de toda la literatura marginal que esta definición llevaba consigo introdujo un nuevo significado en el término de «apócrifo», que desde entonces se utilizó en el sentido de «escrito espurio», «no auténtico» como contrapartida a lo «canónico». Esto no supuso una condenación oficial de los libros apócrifos —ya que incluso el *Decretum Gelasianum* parece haber sido obra de un particular—, pero sí dio origen a toda una serie de catálogos de apócrifos neotestamentarios, de la que ofrecemos una detallada relación en el apartado siguiente.

Leyendo estas listas, se echa de ver que una buena parte de los escritos incriminados hoy apenas son identificables. Esto puede deberse en parte a la inseguridad de los títulos aducidos, pero en la mayoría de los casos significa que los escritos correspondientes han desaparecido. Tal pérdida —más que consecuencia de una persecución sistemática por parte de la Iglesia oficial— es la suerte que ha corrido gran parte del legado de la antigüedad, cuya existencia hoy sólo podemos constatar a base de citas y referencias de segunda mano.

El número de apócrifos que ha llegado hasta nosotros en estado fragmentario o completo, ya en su lengua original, ya en versiones y reelaboraciones posteriores, es muy considerable. Por otra parte, el influjo palpable que esta literatura sigue ejerciendo en muchos aspectos de la vida religiosa y cultural es un argumento más en favor de su pervivencia a través de los siglos.

Es en el mundo oriental donde se forjaron la mayor parte de estas leyendas y donde mejor se han conservado hasta nuestros días. A ello han contribuido factores externos —como la falta del Renacimiento en los respectivos países y de las secuelas que este fenómeno cultural tuvo en Occidente—, pero también las características del cristianismo en estas regiones. El hecho, por ejemplo, de que la Iglesia bizantina no tuviera inconveniente en incorporar a sus libros litúrgicos textos apócrifos de mayor o menor extensión garantizó la pervivencia de éstos en su lengua original *griega* y su difusión por medio de traducciones en las amplias áreas culturales del Oriente Próximo en que ejerció su influencia.

Una de las regiones más fecundas en leyendas apócrifas fue, a no dudarlo, Siria. Es posible que su situación geográfica —marginal respecto al centro del cristianismo primitivo— y su proximidad con Irán, de donde dimanaron las corrientes dualistas que en el siglo III cristalizaron en el maniqueísmo, fueran circunstancias favorables para ello. En *siríaco* se escribieron a principios del siglo III los *Hechos*

apócrifos de Tomás, uno de los primeros libros de aventuras de aquella época, y del siríaco tradujo al griego Eusebio de Cesarea, un siglo después, una de las leyendas más antiguas y más conocidas: la correspondencia epistolar entre Jesús y el rey Abgaro de Edesa.

Armenia figura como una de las regiones que más se beneficiaron de la producción literaria en lengua siríaca, ya que de esta lengua y del griego se hicieron a partir del siglo IV numerosas traducciones. El hecho de que en lengua *armenia* se haya conservado una cantidad muy importante de apócrifos —traducciones y reelaboraciones posteriores— se debe sobre todo a la independencia cultural que este pueblo ha sabido mantener ininterrumpidamente a través de los siglos.

Un caso especial en la recepción, conservación y propagación de la literatura apócrifa es Egipto, quizá por su proximidad con Palestina y por las hondas raíces que ya desde antiguo había echado el helenismo en este país. No se trata sólo de los innumerables textos papiráceos que se han ido descubriendo en las arenas del desierto: la biblioteca gnóstica de Nag Hammadi, descubierta a mediados del siglo XX, es —con sus 13 volúmenes— un buen exponente en este sentido. El interés de los antiguos egipcios por la vida de ultratumba continuó vigente en los cristianos de esta región, los *coptos,* y se manifestó, entre otras cosas, en el desarrollo de la literatura apócrifo-apocalíptica (por ejemplo, el *Apocalipsis de Pedro)* y en algunas leyendas apócrifas de la Infancia (como la *Historia de José el carpintero).* En copto se ha conservado asimismo buena parte de la literatura *gnóstica,* traducida de originales griegos hoy perdidos. Una característica de los apócrifos coptos es su tendencia a reelaborar y ampliar los modelos originales —en su mayoría griegos— exagerando hasta el extremo el lado milagroso. En una concatenación de episodios, dominados por la fantasía, salta a la vista con frecuencia (especialmente tratándose de los *Hechos apócrifos de los apóstoles),* la sustitución del marco original de la acción por un ambiente más en consonancia con aquel en que vivían inmersos los cristianos coptos. Tributaria en gran parte de la copta es la literatura apócrifa *etíope,* que aporta una gran abundancia de textos. Si bien éstos han llegado hasta nosotros con frecuencia en manuscritos muy recientes, son muchas veces un punto de referencia obligado, cuando se trata de apócrifos cuyo original se ha perdido. Entre los del Antiguo Testamento es el *Libro de Henoc* etiópico uno de los textos fundamentales.

Al margen de los apócrifos conservados en *georgiano* y en *árabe* (tributarios respectivamente de originales en su mayoría griegos y coptos), merecen mención especial los que han llegado hasta nosotros en versiones eslavas. *Eslavo antiguo* es la lengua literaria que se formó en vastas regiones del Sur y del Este de Europa, al entrar en contacto a partir del siglo IX con la civilización bizantina, y adoptar el alfabeto cirílico-glagolítico que introdujeron los misioneros Cirilo y Metodio. A diferencia de los eslavos occidentales —expuestos al influjo de la cultura latina—, asumieron los eslavos del Este (búlgaros, serbios, rusos, ucranianos principalmente), el legado cultural de Bizancio y tradujeron a su lengua gran parte de la literatura apócrifa que por entonces estaba en uso en Constantinopla. Ésta se ha conservado en una gran cantidad de manuscritos de diversas épocas.

Frente a otras literaturas, en que los originales han sido sometidos a importantes reelaboraciones y adaptaciones, los apócrifos eslavos se distinguen por una fidelidad extraordinaria a sus modelos griegos. Lo cual constituye una preciosa ayuda para la crítica textual en aquellos casos en que la tradición manuscrita griega de que disponemos acuse deficiencias. Un ejemplo interesante de este fenómeno lo ofrece el texto *eslavo* del Evangelio de la Infancia de Tomás, cuya traducción castellana ofrecemos por primera vez en esta obra.

En Occidente no encontró la literatura apócrifa un terreno tan abonado para su difusión como en Oriente, pero su presencia es innegable. Conocidas son las reservas de escritores como San Jerónimo frente a ella, quien, sin embargo, no tenía reparo en citar con cierta veneración el *Evangelio de los Hebreos,* que afirma haber traducido él mismo del hebreo al griego y al latín *(De viris ill.* 2). Las duras condenaciones del papa Inocencio I y de Toribio de Astorga en el siglo V tienen como objeto principalmente los *Hechos apócrifos de los apóstoles* que este último relacionaba con la secta de los Priscilianistas en España. Del amplio catálogo de apócrifos que presenta en latín el *Decretum Gelasianum* en el siglo VI puede deducirse que buena parte de ellos (evangelios, hechos de los apóstoles, epístolas, apocalipsis) existían ya por esas fechas en versiones latinas.

Estas versiones en casos concretos eran verdaderas reelaboraciones de los modelos griegos. Tal es el caso del *Evangelio del Pseudo Mateo,* que recoge leyendas procedentes no sólo del *Protoevangelio,* sino también de otros apócrifos de la Infancia, por ejemplo del *Evangelio de Tomás.* A esto añade muchos otros detalles de su propia cosecha, como son las profecías «ex eventu» (presencia del *buey* y el *asno* en la

natividad, según Is 1,3), vida casi «conventual» de María antes y después de la anunciación, etc. Relacionadas o no con el Pseudo Mateo existe toda una serie de reelaboraciones latinas en torno a la Natividad y la Infancia que testimonia la presencia de estas y otras leyendas apócrifas en Occidente hasta ser asumidas y ampliamente difundidas por obras como la *Legenda aurea* de Jacobo de Voragine o el *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais en el siglo XIII.

En otros casos las versiones latinas están acreditadas por manuscritos de gran antigüedad como lo es el palimpsesto de Viena [Vindob. 563] del siglo V en relación con el *Evangelio de Nicodemo*. Sin la abundancia de códices latinos del *Apocalipsis de Pablo* sería difícil tanto recomponer el original griego —que nos ha llegado sólo en forma abreviada— como explicarse el influjo de la literatura apocalíptica en obras tan decisivas del Renacimiento como la *Divina Comedia*.

Un capítulo muy interesante, que en gran parte queda por estudiar, es el influjo de la literatura apócrifa latina en las incipientes literaturas *vernáculas* de Occidente. En los casos en que este estudio se ha hecho a fondo —como es el *irlandés*— los resultados son sorprendentes.

Un campo en que la literatura apócrifa ha ejercido su influjo sin barreras lingüísticas o geográficas es el de la iconografía religiosa, tanto en Oriente como en Occidente. Es aquí donde los apócrifos continúan llevando una vida soterrada, pero real, ya que la costumbre de contemplar repetida e irreflexivamente ciertas escenas y ciertos símbolos impide muchas veces descubrir el trasfondo legendario que las inspiró. Quizá pueda ayudar este libro a descorrer el velo.

Del conjunto de *apócrifos neotestamentarios* —evangelios, hechos de los apóstoles, cartas, apocalipsis— ofrecemos aquí sólo los primeros, según los criterios expuestos en la obra *Los evangelios apócrifos,* edición crítica y bilingüe (BAC, Madrid [10]1999). De esta misma obra procede la mayor parte de las traducciones, dejando para los lectores interesados los textos originales, la amplia bibliografía y los numerosos comentarios de todo tipo que allí pueden encontrar. En esta edición nos contentamos con ofrecer escuetamente los textos apócrifos en versión castellana, acompañados, eso sí, de introducciones de nuevo cuño y de una bibliografía completamente actualizada.

CATÁLOGOS DE APÓCRIFOS NEOTESTAMENTARIOS

El largo proceso de gestación que tuvo el Canon del Nuevo Testamento desde los comienzos de su formación hasta llegar al siglo IV —en que San Atanasio da la lista definitiva de los 27 libros que lo integran *(Carta festal 39,* del año 367)— no puede comprenderse del todo sin tener en cuenta el influjo que en este proceso ejerció la literatura apócrifa. El hecho de que ya en el siglo II aparezcan escritos semejantes en su nombre y en su forma literaria a los que tradicionalmente se consideraban como los auténticos portadores del mensaje de Cristo y de sus inmediatos sucesores, pero con un contenido distinto —no pocas veces condicionado a teorías filosóficas ajenas al cristianismo, como es el caso de la literatura gnóstica—, provocó en algunos escritores eclesiásticos la necesidad de denunciar en casos concretos estas falsificaciones y a la vez de fijar definitivamente el canon de los libros auténticos. Un ejemplo significativo de esta actitud lo ofrece a finales del siglo II Ireneo de Lyon en su obra fundamental *Desenmascaramiento y refutación de la falsa Gnosis,* en que, entre otras obras gnósticas, cita el «evangelio de la Verdad» *(Adv. haeres.* III 11,9).

También de finales del siglo II data con toda probabilidad el famoso *Fragmento Muratoriano.* En él se da una lista de los libros del Nuevo Testamento considerados como auténticos y a continuación se añade: «Circulan, además, una *epístola a los Laodicenses* y otra *a los Alejandrinos* falsificadas bajo el nombre de Pablo, para favorecer a la herejía de Marción, y algunas otras que no pueden recibirse en la Iglesia católica, porque no conviene mezclar la hiel con la miel» (lín. 63-67).

Hay que esperar, sin embargo, hasta el siglo III para encontrar un elenco de libros apócrifos frente a la lista que se presenta cada vez más nítida de los canónicos. Se debe a Orígenes en su primera homilía a San Lucas (ver texto n.1). Este breve elenco de Orígenes es asumido y utilizado por escritores posteriores como Eusebio de Cesarea, San Jerónimo, Beda, etc.

Después de la consolidación definitiva del canon en el siglo IV no declina el interés por catalogar las obras que quedan fuera de él. A principios del siglo V envía el papa Inocencio I una carta a Exuperio, obispo de Toulouse, en que recrimina ciertos escritos atribuidos a Matías, Santiago, Pedro, Juan, Andrés y Tomás (ver texto n.2). Se trata probablemente en su mayor parte de *Hechos apócrifos de los apóstoles.* A esta clase de escritos se refiere de manera más concreta *Toribio de Astorga,* también en el siglo V, en su carta a Idacio y Ceponio (texto n.3), atribuyéndoles origen maniqueo o priscilianista.

En el siglo VI cita *Timoteo Presbítero,* en un recuento de obras maniqueas, los *evangelios* de Tomás y de Felipe, así como los *Hechos* de Andrés (ver texto n.4). Pero es con el *Decreto Gelasiano* con el que a partir de esta época tenemos el catálogo de apócrifos más completo que existe (texto n.5).

Se presenta este escrito con la pretensión de ser el proceso verbal de un concilio convocado por el papa Dámaso (366-384) para regular materias de fe. Está dividido en cinco capítulos, de los que el II ofrece un elenco de los libros canónicos y el V una lista de escritos «apócrifos» en el sentido más amplio de esta palabra. Dejando a salvo la unidad literaria de este «Decreto», quedan por esclarecer otros puntos tocantes a su *carácter* y *fecha* de composición.

Además de Dámaso, figuran en algunos códices el papa Gelasio (492-496) y en otros el papa Hormisdas (514-523) como autores. Por incongruencias con su contenido hay que descartar a estos personajes de la autoría, resultando mucho más probable que fuera un compilador privado el que se amparase en la autoridad y competencia del papa Gelasio para dar nombre a su composición.

Ésta recoge una gran cantidad de datos procedentes de diversas fuentes —por ejemplo, San Jerónimo, San Agustín, la carta ya citada de Inocencio I a Exuperio (texto n. 2), etc.— y tiene la ventaja de que cataloga no solamente apócrifos de origen gnóstico o maniqueo, como sus precedentes, sino también otros escritos que —sin dejar de ser apócrifos— eran utilizados y leídos comúnmente en el seno de la Iglesia, tales como los reseñados en los números 15, 16, 29, etc. Fuera de San Isidoro de Sevilla (560-636), que sí parece haber utilizado el *Decretum Gelasianum,* no aparecen hasta el siglo VIII testimonios explícitos que acrediten la antigüedad de este documento. Lo más probable es que su composición date de principios del siglo VI (ver E. von Dobschütz, *Das Decretum Gelasianum de libris recipiendis et non recipiendis* [Texte u. Untersuchungen 38,4], Leipzig 1912).

Como apéndice a la supuesta *Chronographia* de Nicéforo I, Patriarca de Constantinopla (806-815), aparece la llamada *Stichometria de Nicéforo,* una lista de apócrifos que se distingue de las demás porque indica al margen las líneas *(stichoi)* que comprendía cada una de las obras catalogadas (texto n.6). No es posible dilucidar hasta qué punto esta *Stichometria* es anterior al siglo IX.

En el c.76 de la *Synopsis Scripturae sacrae,* falsamente atribuida a San Atanasio, se encuentra una *Synopsis* (texto n.7) en que se catalogan como «discutidas» *(antilegomena)* seis obras distintas: la mayor parte son apócrifas.

Al siglo VII pertenece finalmente la famosa *Lista de los 60 libros* (texto n.8). Los «sesenta libros» son los de toda la Biblia. Los que se especifican al margen son considerados como «apócrifos».

1. **Orígenes** († 254)

La Iglesia tiene cuatro evangelios, la herejía muchísimos: uno de los cuales se titula *según los Egipcios,* otro *según los Doce Apóstoles.* Incluso Basílides se atrevió a escribir un *evangelio* y a titularlo con su propio nombre [...]. Conozco también un evangelio que se denomina *según Tomás* y *según Matías:* y sabemos de muchos otros más *(Hom. I in Lc.).*

2. **Inocencio I** (402-417)

Los demás [escritos] que corren bajo el nombre de *Matías* o *Santiago el Menor,* o *Pedro* y *Juan* compuestos por un tal Leucio (o bien bajo el nombre de *Andrés,* debidos a la pluma de los filósofos Xenocaris y Leónidas), o bajo el nombre de *Tomás,* y si hubiera alguno más: sabrás que todos ellos han de ser no sólo rechazados, sino también condenados *(Epist. ad Exsuperium episc. Tolosanum* a.405).

3. **Toribio de Astorga** († 480)

Ante todo hay que tener en cuenta y condenar de manera especial aquello que se narra en los *Actos* llamados de *Tomás,* es decir, que éste no bautizaba con agua —de acuerdo con la predicación del Se-

ñor—, sino sólo con óleo [...]. La cual herejía [la de los Maniqueos] ha de ser condenada, ya que a sus fautores, con Manes a la cabeza, y a los discípulos de éste se debe la composición o falsificación de todos los libros apócrifos, particularmente de los *Actos* llamados *de Andrés,* o de aquellos que llevan el nombre de *San Juan* —que escribió Leucio con su boca sacrílega— o de los de *Santo Tomás* y de otros parecidos. Buscando apoyo en éstos... —y sobre todo en aquel libro especialmente blasfemo que se titula *Memoria apostolorum*— pretenden [los Maniqueos y Priscilianistas] dar fundamento a todas sus herejías *(Epis. ad Idacium et Ceponium episcopos, de non recipiendis in auctoritatem fidei apocryphis scripturis et de secta Priscillianistarum* c.5).

4. **Timoteo presbítero** (s.VI)

Escritos maniqueos:

1. El evangelio vivo.
2. El tesoro de la vida.
3. El colegio apostólico.
4. El [libro] de los misterios.
5. Los siete tratados del Irracional.
6. El [libro] de las preces.
7. El [libro] de los capítulos.
8. Tratado de los gigantes.
9. Evangelio según Tomás.
10. Evangelio según Felipe.
11. Hechos del apóstol Andrés.
12. La decimoquinta carta a los de Laodicea.
13. Libro de la infancia del Señor, compuesto por ellos para demostrar que la encarnación fue pura apariencia, no verdadera *(Tract. de iis qui ad Ecclesiam accedunt).*

5. **Decretum Gelasianum** (s.VI)

1. Viajes a nombre del apóstol Pedro, llamados libros de San Clemente, nueve en total [= Recognitiones Ps.-Clementinae].
2. Hechos a nombre del apóstol Andrés, apócrifos.
3. Hechos a nombre del apóstol Tomás, apócrifos.

4. Hechos a nombre del apóstol Pedro, apócrifos.
5. Hechos a nombre del apóstol Felipe, apócrifos.
6. Evangelio a nombre de Matías, apócrifo.
7. Evangelio a nombre de Bernabé, apócrifo.
8. Evangelio a nombre de Santiago el Menor, apócrifo.
9. Evangelio a nombre del apóstol Pedro, apócrifo.
10. Evangelio a nombre de Tomás, del que se sirven los Maniqueos, apócrifo.
11. Evangelios a nombre de Bartolomé, apócrifos.
12. Evangelios a nombre de Andrés, apócrifos.
13. Evangelios falsificados por Luciano, apócrifos.
14. Evangelios falsificados por Hesiquio, apócrifos.
15. Libro sobre la infancia del Salvador, apócrifo.
16. Libro sobre la natividad del Salvador, y sobre María y la comadrona, apócrifo.
17. Libro llamado del Pastor [¿de Hermas?], apócrifo.
18. Todos los libros que compuso Leucio, discípulo del diablo, apócrifos.
19. Libro llamado el Fundamento, apócrifo.
20. Libro llamado el Tesoro, apócrifo.
21. Libro acerca de las hijas de Adán, el Leptogénesis, apócrifo.
22. Centón acerca de Cristo, compuesto en versos de Virgilio, apócrifo.
23. Libro llamado «Hechos de Pablo y Tecla», apócrifo.
24. Libro que lleva el nombre de Nepote, apócrifo.
25. Libro de los proverbios, escrito por los herejes, a quien se le da el nombre de San Sixto, apócrifo.
26. Revelación que lleva el nombre de Pablo, apócrifa.
27. Revelación que lleva el nombre de Tomás, apócrifa.
28. Revelación que lleva el nombre de Esteban, apócrifa.
29. Libro llamado «Tránsito de Santa María», apócrifo.
30. Libro llamado «Penitencia de Adán», apócrifo.
31. Libro acerca del gigante Ogias, de quien cuentan los herejes que luchó con el dragón, apócrifo.
32. Libro llamado «Testamento de Job», apócrifo.
33. Libro llamado «Penitencia de Orígenes», apócrifo.
34. Libro llamado «Penitencia de San Cipriano», apócrifo.
35. Libro llamado «Penitencia de Jamnes y Mambres», apócrifo.
36. Libro llamado «Suertes de los Apóstoles», apócrifo.
37. Libro llamado «Juegos (?) de los Apóstoles», apócrifo.

38. Libro llamado «Cánones de los Apóstoles», apócrifo.
39. Libro «Fisiólogo», escrito por los herejes y puesto bajo el nombre de San Ambrosio, apócrifo.
40. Historia de Eusebio Pánfilo, apócrifa.
41. Opúsculos de Tertuliano, apócrifos.
42. Opúsculos de Lactancio o Firmiano, apócrifos.
43. Opúsculos de Africano, apócrifo.
44. Opúsculos de Postumiano y Gallus, apócrifos.
45. Opúsculos de Montano, Priscila y Maximila, apócrifos.
46. Opúsculos de Fausto Maniqueo, apócrifos.
47. Opúsculos de Comodiano, apócrifos.
48. Opúsculos del otro Clemente de Alejandría, apócrifos.
49. Opúsculos de Tascio Cipriano, apócrifos.
50. Opúsculos de Arnobio, apócrifos.
51. Opúsculos de Ticonio, apócrifos.
52. Opúsculos de Casiano, presbítero de las Galias, apócrifos.
53. Opúsculos de Victorino de Pettau, apócrifos
54. Opúsculos de Fausto de Riez en las Galias, apócrifos.
55. Opúsculos de Frumencio el Ciego, apócrifos.
56. Carta de Jesús a Abgaro, apócrifa.
57. Carta de Abgaro a Jesús, apócrifa.
58. Pasión de Quírico y Julita, apócrifa.
59. Pasión de Jorge, apócrifa.
60. Escrito titulado «Entredichos [¿prohibiciones?] de Salomón», apócrifo.
61. Todos los amuletos escritos no con nombre de ángeles, como ellos imaginan, sino de demonios, apócrifos (E. VON DOBSCHÜTZ: *Texte u. Untersuchungen* 38, 4 [Leipzig 1912]).

6. **Stichometria de Nicéforo** (s.IV [?])

a) *Escritos dudosos del Nuevo Testamento:*

1. Apocalipsis de Juan, 1.400 líneas.
2. Apocalipsis de Pedro, 300 líneas.
3. Carta de Bernabé, 1.360 líneas.
4. Evangelio de los Hebreos, 2.200 líneas.

b) *Escritos apócrifos del Nuevo Testamento:*

1. Viajes de Pablo, 3.600 líneas.
2. Viajes de Pedro, 2.750 líneas.
3. Viajes de Juan, 2.600 líneas.
4. Viajes de Tomás, 1.700 líneas.
5. Evangelio según Tomás, 1.300 líneas.
6. Doctrina [Didaché] de los Apóstoles, 200 líneas.
7. [Cartas] de Clemente: primera y segunda, 2.600 líneas.
8. [Escritos] de Ignacio, Policarpo, Pastor de Hermas (MIGNE, *Patrologia Graeca,* 100,1060A-B).

7. **Synopsis del Ps. Atanasio** (s.VI o posterior)

Éstos son los libros discutidos *(antilegomena)* del Nuevo Testamento: Viajes de Pedro, Viajes de Juan, Viajes de Tomás, Evangelio según Tomás, Doctrina de los Apóstoles, obras de Clemente. De las cuales fueron traducidas las que, previa selección, (parecieron ser) las más conformes con la verdad e inspiración *(Synopsis scripturae sacrae,* c.76).

8. **Lista de los sesenta libros** (s.VII)

1-14. Libros del Antiguo Testamento.
15. Historia de Santiago [= Protoevangelio].
16. Apocalipsis de Pedro.
17. Correrías y Enseñanzas de los Apóstoles.
18. Epístola de Bernabé.
19. Hechos de Pablo.
20. Apocalipsis de Pablo.
21. Doctrina de Clemente.
22. Doctrina de Ignacio.
23. Doctrina de Policarpo.
24. Evangelio según Bernabé.
25. Evangelio según Matías (Th. ZAHN, *Geschichte des neutestamentl. Kanons* II/1, 290-292).

EVANGELIOS APÓCRIFOS TARDÍOS

1. Evangelio árabe del Pseudo Juan

Se trata de un manuscrito árabe del año 1342 conservado en la Biblioteca Ambrosiana de Milán (or. 93). De los 158 folios de este códice, 134 corresponden a un *Evangelio de San Juan,* que en 57 capítulos narra minuciosamente una serie de milagros de la vida de Jesús, dejando al margen el aspecto doctrinal. El escrito fue identificado ya en 1939 por A. Galbiati, quien en 1957 publicó una edición del original árabe con traducción latina *(Iohannis Evangelium apocryphum arabice* I-II [Mediolani 1957]). La expectación que provocaron las primeras publicaciones sobre el hallazgo (ver bibliografía en la edición bilingüe de esta obra [BAC 148] p.23-24) no se corresponde con el valor real del documento, ya que —prescindiendo de su época tardía— no representa más que una versión árabe del apócrifo conocido como *Los milagros de Jesús,* publicado mucho antes por S. Grébaut («Les miracles de Jésus / Texte éthiopien publié et traduit», en *Patrologia Orientalis* XII, 4 [1919]; XIV, 5 [1920]; XVII, 4 [1923]). Para más información ver Geerard 19-23.

2. Evangelio de la infancia según San Pedro

Es una narración apócrifa publicada por Catulle Mendès bajo el título *L'Évangile de la jeunesse de Notre-Seigneur Jésus-Christ d'après S. Pierre* (texto lat. y versión franc., París 1894). Posteriormente fue traducida al inglés por H. Copley Greene *(The childhood of Christ - translated from the Latin by H. C. G., with original text of the manuscript at the monastery of St. Wolfgang* [Nueva York y Londres 1904]). Como lugar de proveniencia del texto latino señala C. Mendès la abadía de S. Wolfgang, en Salzkammergut, donde fue encontrado, según él, años atrás. Las palabras iniciales del texto lo atribuyen a San Pedro. James cree que se trata únicamente de una compilación del *Protoevangelio, Ps. Mateo,* versión lat. de *Tomás,* y *Evangelio árabe,* cuya data hay que

situar en el siglo XVII (M. R. James, *The apocryphal NT* [Londres, reimpr. 1953] 89).

3. Evangelio de Bernabé

Si alguien tiene la paciencia necesaria para leer hasta el final este «evangelio» no podrá menos de admirar la imaginación de que hace gala su autor con tal de convertir el contenido de los evangelios canónicos en una apología del Islam. Valgan algunos botones de muestra: Jesús, según él, no sufre muerte de cruz, sino que —para evitar el «problema» de la resurrección— es Judas el que muere en su lugar; Mahoma es el «Mesías» que vino a librar a los hombres de los errores en que estaban sumidos después de la venida de Cristo, etc.

El texto se ha conservado íntegro en una traducción italiana encontrada en un manuscrito del siglo XVI (cod. 2662 Eugen., de la Biblioteca Nacional de Viena), de la que dependen todas las traducciones modernas (Lo. and La. Ragg, *The gospel of Barnabas* [Oxford 1907]; E. González Blanco, *Los evangelios apócrifos,* III [Madrid 1934]; J. Slomp, *Het Pseudo-Evangelie van Barnabas* [Hertogenbosch 1981]; L. Cirillo-M. Frémaux, *Évangile de Barnabé* [París 1977]; S. M. Linges, *Das Barnabasevangelium* [Bonndorf i. Schwarzwald 1994]).

Del original español sólo se han conservado fragmentos. Todo induce a creer que este apócrifo —lejos de ser el *Evangelio de Bernabé* a que se refiere el *Decretum Gelasianum* en el siglo VI— es obra de un cristiano del siglo XVI convertido al Islam. Ver M. de Epalza, «Sobre un posible autor español del *Evangelio de Bernabé*»: *Al-Andalus* 28 (1963) 479-491; J. E. Fletcher, «The "Spanish Gospel of Barnabas"»: *Novum Testamentum* 18 (1976) 314-320; R. Stichel, «Bemerkungen zum Barnabasevangelium»: *Byzantinoslavica* 43 (1982) 189-201; M. de Epalza, «Le milieu Hispano-moresque de l'Évangile islamisant de Barnabé (XVIe-XVIIe siècle)»: *Islamo- christiana* 8 (1982) 159-183.

4. Evangelio monofisita georgiano

Es un apócrifo desconocido, proveniente de círculos monofisitas. Está contenido en un ms. georgiano del siglo XIX perteneciente a la Biblioteca Bodleiana de Oxford (n.27) y forma parte de la colección

Wardrop. Probablemente esta composición ha sido redactada en el siglo XII o XIII, teniendo por base muchos escritos apócrifos y heterodoxos. Está traducido del armenio al georgiano y pertenece a la literatura popular de los georgianos monofisitas. La versión polaca fue publicada por Grzegorz Peradze, *Nieznana Ewangelia Apokryficzna pochodzaca z Kól Monofizyckich* (Warszawa 1935). Ver Starowieyski, 150-172.

5. **Apócrifos Bogomiles**

Se da el nombre de Bogomiles a los miembros de un movimiento religioso, dualista y antijerárquico, que apareció en Bulgaria a principios del siglo X y fue extendiéndose en los siglos siguientes, primero en los países del área cultural bizantina, y luego —merced al influjo de las Cruzadas— en varias regiones del Occidente europeo, dando aquí origen a la secta de los Cátaros o Albigenses (ver A. de Santos Otero, «Bogomilen» en *Theol. Realenzyklopädie,* VII [Berlín 1981] 28-42).

A los Bogomiles se les ha atribuido tradicionalmente la composición de un gran número de apócrifos conservados en *antiguo-eslavo* (ver J. IVANOV, *Bogomilski knigi i legendi* [Sofía 1925]), pero una investigación rigurosa llevada a cabo principalmente por E. Turdeanu («Apocryphes bogomiles et apocryphes pseudobogomiles»: *Revue de l'histoire des religions* 138 [1950] 22-52, 176-218) ha demostrado que apenas existen apócrifos eslavos que se puedan considerar de origen «bogomil»: casi todos son simples traducciones de apócrifos griegos ya conocidos (ver Santos Otero, *Die handschriftliche Überlieferung...,* I-II).

El único apócrifo que parece haber sido realmente escrito por los Bogomiles es el llamado *tajnaja kniga* (= libro secreto) o *Interrogatio Iohannis,* en que se describe el mito dualístico de la creación del mundo y caída de Satanás en términos que recuerdan al *Evangelio de Bartolomé,* incluido en la sección IV de esta obra. El escrito en cuestión se ha conservado únicamente en latín y constituye un buen ejemplo de intercambio cultural entre Bogomiles y Albigenses, pues fue el obispo cátaro Nazario quien lo trajo al Norte de Italia por el año 1190 y lo hizo traducir al latín (ediciones: J. BENOIST, *Histoire des Albigeois,* I [París 1691] 283-296; J. IVANOV, o.c., 73-87).

6. Evangelio de Santiago el Mayor

Se trata de una serie de escritos apócrifos amparados bajo el nombre de Santiago el Mayor y contenidos en los llamados «Plomos» del Sacro Monte, de Granada. Fueron desenterrados en este lugar hacia el año 1597. Recogen de fuentes árabes diversos datos apócrifos acerca de la vida de Cristo y de María. Hacen especial hincapié en el dogma de la Inmaculada Concepción y en la tradición sobre la venida de Santiago a España. Aunque no contienen, por lo general, errores dogmáticos, fueron proscritos por el papa Inocencio XI el año 1682 juntamente con los demás «Plomos», a causa del carácter sagrado que el pueblo les atribuía.

Pueden encontrarse noticias abundantes acerca de todos ellos en la obra de J. GODOY ALCÁNTARA, *Historia crítica de los falsos cronicones* (Madrid 1868) 44-78. Ver, además, M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles,* II (Madrid 1910) 287-291.